El crimen de Orcival

MISTERIOS DE ÉPOCA

El crimen de Orcival

ÉMILE GABORIAU

dÉpoca
editorial

I

El jueves 9 de julio de 186..., Jean Bertaud —apodado La Ripaille— y su hijo se levantaron al alba, sobre las tres de la madrugada, para ir a pescar; ambos eran harto conocidos en Orcival por vivir de la caza y pesca furtivas y del robo de frutas y hortalizas.

Cargados con sus aparejos descendieron por el encantador camino, sombreado de acacias, que se puede contemplar desde la estación de Évry y que conduce desde el burgo de Orcival al Sena. Se dirigían a su barca, amarrada habitualmente a cincuenta metros río arriba del puente de hierro, a lo largo de una pradería colindante con Valfeuillu, la hermosa propiedad del conde de Trémorel.

Una vez llegaron a la orilla del río se despojaron de sus aperos de pesca y Jean La Ripaille subió al bote para achicar el agua que contenía. Mientras con mano diestra se apresuraba a despejar de agua la barca, advirtió que uno de los escálamos de la vieja embarcación —que servía de apoyo para el remo— estaba a punto de romperse.

—¡Philippe! —gritó a su hijo, ocupado en desenmarañar la red que el guardapesca había desaprobado por considerar que tenía las mayas demasiado tupidas—, Philippe, intenta encontrar algún trozo de madera para reforzar este escálamo.

—Voy —respondió Philippe.

No se veía ni un árbol en la pradería. El joven se encaminó entonces hacia la foresta de Valfeuillu que distaba solo algunos pasos y, sin preocuparse apenas por el artículo 391 del código penal*, franqueó el ancho foso que circundaba la propiedad del señor de Trémorel. Decidió cortar una rama de

* El artículo 391 consideraba «privado» cualquier terreno rodeado de zanjas, fosos, setos o muros independientemente de su altura o profundidad.

uno de los viejos sauces que, en aquel lugar, bañaban en la corriente de agua sus llorosas ramificaciones.

Apenas había sacado su cuchillo del bolsillo, observando a su alrededor con la mirada inquieta de un furtivo, cuando lanzó un grito sofocado.

—¡Padre! ¡Eh! ¡Padre!

—¿Qué sucede? —respondió sin inmutarse el anciano pescador furtivo.

—¡Venga, padre! —continuó Philippe—. ¡Por amor del cielo, venga aquí! ¡Deprisa!

Jean La Ripaille intuyó por la ronca voz de su hijo que algo extraordinario había sucedido.

Dejó de achicar agua y, ansioso por socorrerlo, alcanzó el bosque en tres zancadas. También él quedó horrorizado ante el espectáculo que había espantado a Philippe.

A la orilla del río, entre juncos y gladiolos, yacía el cadáver de una mujer. Su larga cabellera suelta se desparramaba entre las hierbas acuáticas; su vestido de seda gris estaba desgarrado y manchado de fango y sangre. La parte superior del cuerpo estaba sumergido en el agua, poco profunda, y el rostro hundido en el lodo.

—¡Un asesinato! —exclamó Philippe con voz temblorosa.

—Está claro —respondió La Ripaille con indiferencia—. Pero, ¿quién puede ser esta mujer? En verdad diría que es la condesa.

—Vamos a fijarnos mejor —dijo el joven.

Avanzó un paso hacia el cadáver; su padre le agarró del brazo.

—¡Qué haces, desgraciado! —clamó—. Jamás se debe tocar el cuerpo de una persona asesinada sin que esté presente la justicia.

—¿Usted cree?

—¡Absolutamente! Está sancionado por ley.

—Vayamos entonces a avisar al alcalde.

—¿Por qué? No es que seamos muy apreciados por las gentes de aquí. Quién sabe si nos acusarían.

—No obstante, padre...

—¿Qué? Si advertimos al señor Courtois nos preguntará cómo y por qué nos encontrábamos en el coto del señor de Trémorel. ¿Qué te importa que hayan asesinado a la condesa? Ya encontrarán su cuerpo sin tu ayuda... venga, vayámonos de aquí.

Pero Philippe no se movió. Con la cabeza gacha y el mentón apoyado en la palma de su mano, reflexionaba.

—Es preciso avisar —declaró con decisión—. No somos salvajes. Le diremos al señor Courtois que estábamos bordeando el coto con nuestra barca cuando advertimos el cuerpo.

El anciano La Ripaille se resistió al principio, pero viendo que su hijo actuaría sin él, cedió ante su insistencia.

Así franquearon la fosa nuevamente y, abandonando sus aparejos en la pradería, se dirigieron velozmente hacia la casa del señor alcalde de Orcival.

Ubicada a una legua de Corbeil, sobre el margen derecho del Sena y a veinte minutos de la estación de Évry, Orcival es una de las aldeas más deliciosas de la periferia de París, a pesar de la infernal etimología de su nombre*.

El parisino bullicioso y pícaro que los domingos se lanza a los campos, más destructor que un saltamontes, no ha descubierto aún esta risueña campiña. El desagradable olor a fritura de las cantinas no ha adulterado el perfume de las madreselvas. Las cantinelas de los barqueros, y las melodías de las cornetas de pistones de los bailes públicos, jamás han atemorizado el paraje.

Plácidamente reclinada sobre las suaves laderas de una colina que baña el Sena, Orcival destaca por sus casas blancas, sus deliciosas sombras y un recién inaugurado campanario que constituye su mayor orgullo. Extensas propiedades de recreo, cuya conservación ocasiona un alto coste, lo circundan por doquier. En lo alto se aprecian las veletas de veinte castillos.

A la derecha encontramos los grandes montes de Mauprévoir y el pequeño y encantador castillo de la condesa de

* La etimología de Orcival ha desatado las más variadas interpretaciones: una de ellas sería Val d'Orcus (Valle de los Orcos. Orco: Según la Roma clásica, lugar, contrapuesto a la Tierra, adonde iban a parar los muertos).

Brèche; enfrente, al otro lado del río, descubrimos Mousseaux y Petit-Bourg, la antigua propiedad Aguado, convertida hoy en los dominios del célebre constructor de carruajes, el señor Binder. Los hermosos árboles que podemos contemplar a la izquierda pertenecen al conde de Trémorel; este frondoso coto se conoce como el bosque de Étiolles y en la lontananza despunta Corbeil; la inmensa construcción, cuyo tejado destaca sobre las altas encinas, es la molinería Darblay.

El alcalde de Orcival vive en lo alto del pueblo, en una de esas casas de ensueño que rondan las cien mil libras* de renta. Antaño fabricante de lienzos pintados, el señor Courtois se introdujo en el mundo de los negocios sin un céntimo en el bolsillo; treinta años después de sacrificado trabajo decidió retirarse con cuatro millones redondos. Entonces se propuso vivir tranquilamente, rodeado de su mujer y sus hijas, pasando el invierno en París y el verano en la campiña. Pero repentinamente comenzó a mostrarse inquieto y agitado. La ambición había pellizcado su corazón. Utilizó mil tretas para verse forzado a aceptar la alcaldía de Orcival. Y la aceptó, aunque de mala gana, como él mismo diría. Esta alcaldía supone su alegría y desesperación a la par. Desesperación aparente, alegría íntima y real.

Se siente bien cuando, con rostro sombrío, maldice las amarguras del poder. Pero se siente aún mejor cuando, con la barriga ceñida por la banda adornada con borlas de oro, triunfa a la cabeza del cuerpo municipal.

Todo el mundo dormía en casa del señor alcalde cuando los Bertaud, padre e hijo, golpearon la pesada aldaba de la puerta.

Pasado un buen rato, un sirviente casi dormido y a medio vestir apareció por una de las ventanas de la planta baja.

—¿Qué ocurre, malditos bribones? —preguntó con tono malhumorado.

* La libra francesa fue la moneda oficial de Francia desde el año 781 hasta 1795 (en que fue sustituida por el franco). Aunque la moneda desapareció físicamente con la Revolución Francesa se siguió haciendo referencia a ella coloquialmente.

La Ripaille no juzgó oportuno exaltarse ante una injuria que no hacía más que confirmar su reputación en la comunidad.

—Queremos hablar con el señor alcalde —respondió—, y es tremendamente urgente. Vaya a despertarlo, señor Baptiste, no le regañará.

—¡Regañarme a mí! —gruñó Baptiste.

Fueron necesarios diez largos minutos de negociaciones para convencer al sirviente.

Finalmente, los Bertaud comparecieron ante un hombrecillo gordo y colorado, muy molesto por que le hubieran sacado de la cama a horas tan tempranas: era el señor Courtois.

Había sido establecido que Philippe tomara la palabra.

—Señor alcalde —comenzó—, hemos venido a anunciarle una gran desgracia; indudablemente se ha cometido un crimen en casa del señor de Trémorel.

El señor Courtois era amigo del conde, y ante esta declaración quedó tan pálido como su camisa.

—¡Ah! ¡Dios mío! —balbuceó, incapaz de dominar su emoción—. ¿Qué está diciendo? ¡Un crimen!

—Sí, hemos visto un cuerpo hace un momento, tan cierto como que está usted aquí, y creemos que se trata de la condesa.

El digno alcalde alzó los brazos al cielo totalmente conmocionado.

—Pero, ¿dónde? ¿Cuándo? —preguntó.

—Hace un rato, en el acceso al coto que nosotros bordeamos para echar las nasas.

—¡Es horrible! —repitió el buen señor Courtois—. ¡Qué desgracia! ¡Una mujer tan honorable! No es posible, debe estar confundido, me habrían avisado...

—Lo hemos visto claramente, señor alcalde.

—¡Semejante crimen en mi jurisdicción! En fin, han hecho bien en venir, me visto enseguida y nos vamos corriendo..., es decir… no, espere.

Reflexionó durante un minuto y llamó:

—¡Baptiste!

El sirviente no estaba muy lejos. Con el ojo y el oído alternativamente pegados al agujero de la cerradura, escuchaba y observaba con atención. A la voz de su señor, no tuvo más que alargar el brazo para abrir la puerta.

—Señor, ¿me ha llamado?

—Corra a casa del juez de paz —dijo el alcalde—. No hay un segundo que perder, se trata de un crimen, un asesinato quizá; que venga rápido, muy rápido. Y ustedes —continuó, dirigiéndose a los Bertaud—, esperen aquí; voy a ponerme un gabán.

El juez de paz de Orcival, el padre Plantat —como se le conocía—, era un anciano abogado de Melun.

A la edad de cincuenta años, el padre Plantat, a quien siempre le había sonreído la vida, perdió en el mismo mes a su mujer, a la cual adoraba, y a sus dos hijos, dos encantadores jóvenes de dieciocho y veinte años.

Esta sucesión de pérdidas hundieron a un hombre que treinta años de prosperidad habían dejado indefenso ante la desgracia. Durante largo tiempo se temió por su razón. La mera visión de un cliente que viniera a enturbiar su dolor para contarle estúpidas historias carentes de interés, le exasperaba. No sorprendió, por tanto, verle vender su estudio a mitad de precio. Ansiaba regodearse en su pena con la certeza de que nada pudiera distraerlo de ella.

Pero la intensidad de su aflicción disminuyó y el malestar de la inactividad apareció. El cargo de juez de paz de Orcival quedó vacante, y el padre Plantat lo solicitó y le fue adjudicado.

Una vez convertido en juez de paz el aburrimiento disminuyó. Este hombre, que daba su vida por concluida, se propuso interesarse por las mil causas diferentes que pleiteaban en su jurisdicción. Consagró todas las fuerzas de una inteligencia superior, todos los recursos de un cerebro eminentemente ingenioso, a desentrañar lo falso de lo verdadero de entre todos los embustes que se veía forzado a escuchar.

Se obstinó, además, en vivir solo a pesar de las exhortaciones del señor Courtois, pretextando que la compañía le importunaba y que un hombre desdichado era un cascarrabias. El tiempo que no pasaba en el tribunal lo dedicaba a una colección sin igual de petunias.

La desgracia, que modifica el carácter de las personas para bien o para mal, le había vuelto, en apariencia, horriblemente egoísta. Afirmaba no interesarse por las cosas de la vida más de lo que lo haría un crítico hastiado de las actuaciones sobre un escenario. Le gustaba alardear de su profunda indiferencia por todo, jurando que ni siquiera una lluvia de fuego caída sobre París le haría girar la cabeza. Conmoverle parecía tarea imposible. «¡A mí qué me importa!», era su frase favorita.

Tal es el hombre que, quince minutos después de la partida de Baptiste, llegó a la residencia del alcalde de Orcival.

El señor Plantat era alto, delgado y nervioso. Nada en su fisonomía era remarcable. Sus cabellos eran cortos y sus ojos inquietos parecían buscar algo constantemente; su larga nariz era afilada como la hoja de una navaja de afeitar. Desde que comenzaran sus desgracias, su boca, tan fina antaño, se había deformado; su labio inferior se había hundido otorgándole una engañosa apariencia de simpleza.

—Me han notificado —dijo desde la puerta— que han asesinado a la señora de Trémorel.

—Al menos, así lo afirman estos hombres —respondió el alcalde, que acababa de reaparecer.

El señor Courtois no era ahora el mismo hombre. Había tenido tiempo de recuperar la compostura. Su rostro intentaba expresar una majestuosa frialdad. Se había reprochado a sí mismo severamente por haber perdido la dignidad, manifestando su consternación y dolor ante los Bertaud.

«A estas alturas, nada debe conmover a un hombre de mi posición», se dijo a sí mismo.

Y, aunque se sentía terriblemente alterado, se esforzó por mantenerse calmo, frío, impasible. El padre Plantat, en cambio, se mostraba así de un modo natural.

—Debe tratarse de un desafortunado accidente —dijo, esforzándose por hablar con un tono de total indiferencia—,

pero, ¿qué podemos hacer nosotros, en realidad? No obstante, es preciso que acudamos sin demora. He hecho advertir al sargento de la policía para que se reúna allí con nosotros.

—En marcha —dijo el señor Courtois—; tengo la bufanda en mi bolsillo.

Partieron. Philippe y su padre iban en cabeza; el joven, ávido e impaciente; el anciano, sombrío y preocupado.

A cada paso, el alcalde dejaba escapar alguna exclamación.

—Asimilemos esto —murmuró—. Un asesinato en mi municipio. Un municipio en el cual, desde que el hombre tiene memoria, no se ha cometido crimen alguno.

Y envolvió a los dos Bertaud con desconfiada mirada.

El camino que conducía a la casa del señor de Trémorel —en la aldea se decía palacio— era muy desapacible, incrustado entre dos muros de una docena de pies de altura. De un lado, el bosque propiedad de la marquesa de Lanascol; del otro, el gran jardín de Saint-Jouan. Las idas y venidas habían tomado su tiempo; eran cerca de las ocho cuando el alcalde, el juez de paz y sus guías se detuvieron ante la cancela del señor de Trémorel.

El alcalde tocó. La campanilla emitió un sonoro timbrazo; solo un pequeño patio arenoso de cinco o seis metros separaba la cancela de la vivienda. Sin embargo, nadie apareció.

El señor alcalde tocó más fuerte, y más fuerte aún; luego, con todas sus fuerzas, pero fue en vano.

Delante de la cancela del palacio del señor de Lanascol, ubicado casi enfrente, un palafrenero permanecía en pie, afanado en limpiar y pulir el bocado de la brida de un caballo.

—No merece la pena que sigan llamando, señores —dijo el hombre—. No hay nadie en el palacio.

—¿Cómo? ¿Nadie? —preguntó el alcalde sorprendido.

—Quiero decir —respondió el palafrenero— que solo se encuentran los señores. Toda la servidumbre partió ayer noche hacia París en el tren de las nueve menos cuarto, con el fin de asistir a la boda de la antigua cocinera, la señora Denis; deberían volver con el primer tren de la mañana. También yo estaba invitado...

—¡Santo cielo! —interrumpió el señor Courtois—. Entonces, ¿el conde y la condesa estaban solos esta noche?

—Completamente solos, señor alcalde.

—¡Eso es horrible!

El padre Plantat pareció impacientarse ante tanto diálogo.

—¡Vamos a ver! —exclamó—. No podemos eternizarnos en esta puerta; puesto que la policía no llega, enviemos a alguien a buscar al cerrajero.

Cuando Philippe se disponía a echar a correr, se escucharon cánticos y risas al principio del camino. Cinco personas, tres mujeres y dos hombres, aparecieron casi de inmediato.

—¡Ah! Aquí están los sirvientes del palacio —dijo el palafrenero, a quien aquella visita matutina parecía intrigar particularmente—. Ellos tendrán la llave.

Los criados, por su parte, divisando el grupo detenido junto a la cancela, enmudecieron y agilizaron el paso. Incluso uno de ellos echó a correr, aventajando a los otros; era el ayuda de cámara del conde.

—¿Los señores desean hablar con el señor conde? —preguntó después de haber saludado al alcalde y al juez de paz.

—Hemos llamado cinco veces ruidosamente —dijo el alcalde.

—¡Qué extraño! —dijo el ayuda de cámara—. ¡El señor tiene un sueño muy ligero! Puede ser que haya salido.

—¡Qué desgracia! —exclamó Philippe—. ¡Habrán asesinado a los dos!

Estas palabras despejaron a los criados, cuyo alborozo anunciaba un más que razonable número de brindis a la salud de los recién casados.

El señor Courtois parecía estudiar la actitud de los Bertaud.

—¡Un asesinato! —exclamó el ayuda de cámara—. ¡Ah! Habrá sido por el dinero, entonces; se habrán enterado...

—¿De qué? —preguntó el alcalde.

—El señor conde recibió en la mañana de ayer una gran suma de dinero.

—¡Ah! Cierto, muy grande —añadió una de las doncellas—. Había muchos de esos billetes de banco. Incluso la se-

ñora le dijo al señor que no pegaría ojo en toda la noche con esa inmensa suma en la casa.

Hubo un silencio; unos a otros se miraron asustados. El señor Courtois reflexionaba.

—¿A qué hora partieron anoche? —preguntó a los sirvientes.

—A las ocho; se adelantó la hora de la cena.

—¿Se fueron todos juntos?

—Sí, señor.

—¿No se separaron?

—Ni siquiera un minuto.

—¿Y han vuelto todos?

Los criados intercambiaron una mirada singular.

—Todos —respondió una doncella que tenía la lengua muy afilada—... lo cierto es que no. Uno nos dejó apenas llegamos a la estación de Lyon, en París: se trata de Guespin.

—¡Ah!

—Sí, señor; se fue por su cuenta, diciéndonos que se reuniría con nosotros en Batignolles, en el restaurante Wepler, donde se celebraba la boda.

—Y a ese tal Guespin, como usted le llama, ¿le han vuelto a ver?

—No, señor. Yo misma pregunté por él infinidad de veces a lo largo de la noche, pero en vano. Su ausencia me pareció sospechosa.

Evidentemente, la doncella intentaba hacer muestra de una excelente perspicacia; incluso habló un poco de presentimientos.

—Este criado —preguntó el señor Courtois—, ¿hacía mucho tiempo que servía en la casa?

—Desde la primavera.

—¿Cuáles eran sus atribuciones?

—Fue enviado desde París por la casa «El Buen Jardinero» para ocuparse de las flores raras del invernadero de la señora.

—Y... ¿tenía conocimiento del dinero?

Los criados se lanzaron significativas miradas.

—¡Sí, sí! —respondieron todos a coro—. Hablamos mucho de ello entre nosotros en las dependencias de la cocina.

—Incluso —añadió la doncella, muy parlanchina—, me dijo, dirigiéndose a mí personalmente: «¡Pensar que el señor conde guarda en su despacho lo que sería la fortuna de todos nosotros!».

—¿Qué clase de hombre es?

Esta pregunta sofocó por completo la locuacidad de los sirvientes. Nadie osaba hablar, conscientes de que una insignificante palabra podría servir de base para una terrible acusación.

Pero el palafrenero de la mansión de enfrente, que ardía en deseos de inmiscuirse en el asunto, no tuvo ningún escrúpulo al respecto.

— Ese Guespin es un buen muchacho—respondió—, y un hombre de mundo. ¡Dios bendito! ¡Conoce tantas historias! Sabe de todo, pareciera que hubiera sido un hombre rico en otro tiempo, y si él quisiera... ¡Por supuesto! Le gusta el trabajo bien hecho, y aun así, es un juerguista como no he conocido otro, un genio de los billares.

Escuchando con oído atento —aunque aparentemente distraído— sus disposiciones, o para ser más exactos, sus cotilleos, el padre Plantat examinó atentamente el muro y la cancela; se volvió en el momento justo para interrumpir al palafrenero.

—Ya es suficiente —dijo, escandalizando al señor Courtois—. Antes de proseguir con este interrogatorio sería mejor constatar el crimen, si es que ha habido tal, pues todavía no está probado. Aquel de ustedes que tenga la llave que abra la cancela.

El ayuda de cámara tenía la llave; abrió, y todo el mundo accedió al pequeño patio. La policía acababa de llegar. El alcalde le dijo al sargento que le siguiera y dejó a dos hombres en la verja con la orden de no dejar entrar ni salir a nadie sin su permiso.

II

Si no se había cometido un crimen, al menos algo extraordinario había sucedido en la residencia del señor conde de Trémorel; el impasible juez de paz se convenció de ello nada más poner los pies en el vestíbulo.

La puerta acristalada que daba al jardín estaba abierta de par en par y tres de las vidrieras rotas en mil pedazos; el tapiz de hule que enmarcaba todas las puertas había sido arrancado y, sobre las losas de mármol blanco, aquí y allá, se veían grandes gotas de sangre. Al pie de la escalera destacaba una mancha más grande que el resto, y en el último escalón una salpicadura muy desagradable a la vista.

Poco acostumbrado a este tipo de espectáculos a pesar del cometido que debía llevar a cabo, el honesto señor Courtois se sintió desfallecer. Afortunadamente, y gracias a la conciencia de su importancia y dignidad, logró reponerse con una energía muy alejada de su verdadero carácter. Cuanto más complicada le resultaba la instrucción de aquel suceso, más tomaba la delantera.

—Llévennos hasta el lugar donde han descubierto el cuerpo —dijo a los Bertaud.

Pero intervino el padre Plantat.

—Creo que sería más sensato y más lógico —objetó— inspeccionar primero la casa.

—Sí, en efecto, eso había pensado yo —respondió el alcalde, aferrándose al consejo del juez de paz como un náufrago se agarra a su tabla de salvación.

E hizo retirar a todo el mundo, a excepción del sargento y del ayuda de cámara que les servía de guía.

—¡Agentes! —gritó de nuevo a los policías que montaban guardia ante la cancela—, vigilen que nadie salga ni acceda a la casa, y sobre todo que no entren al jardín.

Entonces subieron. Las manchas de sangre se repetían a lo largo de la escalera. También encontraron sangre sobre la barandilla, y el señor Courtois advirtió con horror que sus manos estaban ensangrentadas.

Alcanzaron el rellano del primer piso.

—Dígame, amigo mío —preguntó el alcalde al ayuda de cámara—, ¿los señores compartían dormitorio?

—Sí, señor —respondió el criado.

—Y, ¿dónde están sus aposentos?

—Allí, señor.

Mientras respondía, el ayuda de cámara retrocedió asustado y señaló una puerta en cuyo listón superior podía apreciarse la huella de una mano sanguinolenta.

Diminutas gotas de sudor perlaban la frente del infeliz alcalde; también él se asustó y a duras penas consiguió mantenerse en pie. ¡Por desgracia, el poder impone terribles obligaciones! El sargento, un antiguo soldado de Crimea visiblemente turbado, vacilaba.

Solo el padre Plantat, tranquilo como si estuviera trabajando en su jardín, conservó la sangre fría mientras observaba al resto de soslayo.

—Hay que decidirse —repuso.

Entró; los demás le siguieron.

La estancia no ofrecía nada insólito. Era un gabinete tapizado en satén azul, amueblado con un diván y cuatro sillones con un acolchado similar al del tapiz. Uno de los sillones estaba volcado.

Pasaron al dormitorio.

El desorden era dantesco. No había mueble o bibelot que no atestiguara que una lucha terrible —encarnizada y despiadada— había tenido lugar entre los asesinos y sus víctimas.

En el centro de la habitación una mesita lacada estaba tirada en el suelo y, a su alrededor, terroncitos de azúcar, doradas cucharillas de té y fragmentos de porcelana diseminados.

—¡Ah! —dijo el ayuda de cámara—. ¡Los señores tomaban el té cuando irrumpieron esos miserables!

Los accesorios de la chimenea estaban tirados por tierra; el reloj de péndulo, al caer, se había parado a las tres y veinte. Junto al reloj yacían las lámparas, las esferas rotas en mil pedazos y el aceite desparramado.

El dosel de la cama había sido arrancado y cubría el lecho. Debieron aferrarse desesperadamente a las cenefas. Todos los muebles estaban volteados y la tapicería de los sillones cosida a puñaladas dejaba a la vista el relleno de crin. Habían derribado el secreter; la repisa, descoyuntada, pendía únicamente de las bisagras y los cajones estaban abiertos y vacíos. El espejo del armario hecho añicos; un coqueto chifonier de Boule, destrozado; la mesita labrada rota; el tocador, revuelto.

Y sangre por todas partes; en la alfombra, a lo largo de la tapicería, sobre los muebles, en los cortinajes y, sobre todo, en el dosel de la cama.

Indudablemente el conde y la condesa de Trémorel se habían defendido con coraje y durante largo tiempo.

—¡Miserables! —balbuceó el desdichado alcalde—. ¡Miserables! Es aquí donde les masacraron.

Y al recordar su amistad con el conde —olvidando su importancia, despojándose de su máscara de hombre impasible—, rompió a llorar.

Todo el mundo perdió ligeramente la cabeza. Pero, durante este tiempo, el juez de paz se entregó a una minuciosa inspección y tomó notas en su cuadernillo examinando hasta el más minúsculo rincón.

Cuando concluyó, señaló:

—Ahora veamos el resto de la casa.

El desorden era similar. Indudablemente, una banda de locos furiosos o de malhechores presos de un gran frenesí había pasado la noche en aquella casa.

El gabinete del conde se hallaba particularmente revuelto. Los asesinos no se habían tomado la molestia de forzar las cerraduras, recurriendo directamente al hacha. Obviamente tenían la certeza de que nadie podría oírles, pues debieron haber golpeado terriblemente fuerte para hacer añicos el buró de

roble macizo. Los libros de la biblioteca estaban tirados en el suelo; en definitiva, un desorden total.

Ni el salón ni la sala de fumadores habían sido respetados. Divanes, sillones y canapés estaban desgarrados como si hubieran sido horadados con espadas.

Dos estancias privadas y las habitaciones de invitados estaban patas arriba.

Subieron al segundo piso.

Allí, en la primera estancia donde entraron, encontraron un baúl destrozado aunque sin abrir y, junto a él, un hacha para cortar leña que el ayuda de cámara reconoció como perteneciente a la casa.

—Ahora se entiende —dijo el alcalde al padre Plantat—. Obviamente los asesinos eran un grupo numeroso. Una vez cometido el crimen registraron la casa buscando el dinero, sabedores de que se encontraba en ella. Uno de ellos estuvo aquí, ocupado con este mueble mientras el resto, en el piso inferior, se apropiaba de los objetos de valor; le llamaron, se apresuró en bajar y, juzgando ya inútil cualquier búsqueda, abandonó aquí el hacha.

—Lo veo tan claro como si yo mismo hubiera estado aquí —aprobó el sargento.

La planta baja que inspeccionaron a continuación había sido respetada. Simplemente, una vez cometido el crimen y robado los objetos de valor, los asesinos habían sentido la necesidad de reconfortarse. En el comedor hallaron los restos de la cena. Habían devorado las sobras que encontraron en los aparadores. Sobre la mesa, junto a ocho botellas vacías —botellas de vino y licor—, había cinco copas en hilera.

—Eran cinco —murmuró el alcalde.

A fuerza de voluntad, el excelente señor Courtois había recobrado su sangre fría habitual.

—Antes de levantar los cadáveres —dijo— expediré unas palabras al procurador imperial de Corbeil. En una hora tendremos aquí a un juez de instrucción que terminará con esta penosa tarea.

Le fue dada orden a un agente de enganchar el tílburi del conde y partir inmediatamente.

A continuación, el alcalde y el juez, seguidos por el sargento, el ayuda de cámara y los Bertaud, se encaminaron hacia el río.

El bosque de Valfeuillu era muy vasto, extendiéndose a derecha e izquierda. Desde la residencia hasta el Sena apenas había doscientos pasos. Delante de la mansión reverdecía un hermoso parterre cortado por canastillos de flores. Para alcanzar la orilla del río tomaron una de las veredas que rodea el jardín.

Pero los criminales no habían seguido los senderos. Atajando, habían atravesado el parterre. Sus huellas eran perfectamente visibles. El césped estaba pisoteado y aplastado como si hubieran arrastrado por él alguna pesada carga. En el centro del jardín podía distinguirse algo rojo que el juez de paz fue a recoger. Se trataba de un escarpín que el ayuda de cámara reconoció como perteneciente al conde. Más lejos encontraron un pañuelo blanco que el criado declaró haber visto habitualmente atado al cuello de su señor. Estaba manchado de sangre.

Finalmente llegaron a la orilla del río, bajo aquellos sauces en los que Philippe había querido cortar una rama, y descubrieron el cadáver.

En aquel lugar la arena estaba removida —con surcos, por así decirlo— por unos pies en busca de un firme punto de apoyo. Todo indicaba que allí mismo había tenido lugar la lucha suprema.

El señor Courtois comprendió la importancia de aquellas huellas.

—Que nadie dé un paso más —exclamó.

Y, seguido únicamente por el juez de paz, se aproximó al cuerpo.

Aunque no se podía distinguir su rostro, el alcalde y el juez reconocieron a la condesa. Ambos le habían visto aquel vestido gris adornado con pasamanería azul.

¿Cómo había llegado hasta allí?

El alcalde supuso que, habiendo logrado escapar de los asesinos, habría huido desorientada. La habrían perseguido y

alcanzado allí, donde le propinaron los últimos golpes, y habría caído para no levantarse más.

Aquella hipótesis explicaba los signos de lucha. Por tanto, sería el cadáver del conde el que los asesinos habían arrastrado a través del parterre.

El señor Courtois hablaba animadamente, intentando que sus impresiones calaran en la mente del juez de paz. Pero el padre Plantat apenas escuchaba; parecía estar a leguas de distancia de Valfeuillu; no respondía más que con monosílabos: sí , no, quizá…

El buen alcalde se tomó infinitas molestias: iba, venía, tomaba medidas, e inspeccionaba minuciosamente el terreno.

No había en aquel lugar más de un pie de agua.

Un banco de cieno, sobre el cual crecían matojos de gladiolos y algunos escuálidos nenúfares, se extendía en dulce pendiente desde la orilla hasta el centro del río. El agua era cristalina, la corriente nula; se apreciaba claramente el cieno terso y resplandeciente.

El señor Courtois se encontraba inmerso en sus indagaciones cuando pareció ser asaltado por una repentina idea.

—La Ripaille —exclamó—, aproxímese.

El anciano ladrón obedeció.

—¿Dicen, pues, ustedes —preguntó el alcalde—, que avistaron el cuerpo desde su barca?

—Sí, señor alcalde.

—¿Dónde está su barca?

—Allí, atracada en la pradería.

—Está bien, guíenos hasta allí.

Resultó evidente para todos los presentes que la orden impresionó visiblemente a aquel buen hombre. Se estremeció y palideció bajo la espesa capa tostada depositada sobre sus mejillas por la lluvia y el sol. Incluso le sorprendieron lanzando a su hijo una mirada que pareció amenazante.

—Vayamos —respondió finalmente.

Se dirigían de nuevo hacia la casa cuando el ayuda de cámara propuso atravesar la fosa.

—Será más rápido por ahí—dijo—. Voy corriendo a buscar una escalera para colocarla de uno al otro lado del foso.

Se fue para reaparecer un minuto después con una improvisada pasarela; pero, cuando se disponía a colocarla, el alcalde gritó:

—¡Deténgase! ¡Deténgase!

Había descubierto las huellas que los Bertaud habían dejado a ambos lados del foso.

—¿Qué es esto? —preguntó—. Es evidente que alguien ha pasado por aquí, y no hace mucho tiempo; estas huellas aún están frescas.

Y, tras examinarlas durante algunos minutos, el alcalde ordenó colocar la escalera en un lugar más alejado. Cuando llegaron a las proximidades de la barca, preguntó:

—¿Es esta la embarcación con la que fueron a recoger sus nasas esta mañana?

—Sí, señor.

—Entonces —continuó el señor Courtois—, ¿qué aparejos emplearon? Sus redes están totalmente secas; este bichero y estos remos no se han mojado desde hace más de veinticuatro horas.

El desconcierto de padre e hijo era manifiesto.

—¿Se reafirma en sus palabras, Bertaud? —insistió el alcalde—. ¿Y usted, Philippe?

—Señor —balbuceó el joven—, hemos dicho la verdad.

—¿De veras? —prosiguió el señor Courtois con tono irónico—; entonces tendrán que explicar a quien corresponda, cómo han podido ver algo desde una barca en la que no se encontraban a bordo. ¡Ah! ¡Pardiez! No han caído en eso. También probaremos que el cuerpo yace de tal modo que es imposible, ya me entienden, absolutamente imposible, divisarlo desde el centro del río. Luego, aún tendrán que explicar a qué se deben aquellas huellas que he descubierto, allí en la hierba, que van desde su barca hasta el lugar donde se cruzó la fosa en repetidas ocasiones y por varias personas.

Los dos Bertaud agacharon la cabeza.

—Sargento —ordenó el alcalde—, en nombre de la ley, arreste a estos hombres e impida cualquier comunicación entre ambos.

Philippe comenzó a sentirse mal y, en cuanto al viejo La Ripaille, se contentó con encoger los hombros y decirle a su hijo:

—¡Ya está! Tú lo has querido, ¿no?

A continuación, mientras el sargento se llevaba a los dos furtivos —a quienes encerró por separado y bajo la vigilancia de dos hombres—, el juez de paz y el alcalde se adentraron de nuevo en la foresta.

—A todo esto —murmuró el señor Courtois—, ¡ni rastro del conde!

Procedieron a levantar el cadáver de la condesa.

El alcalde ordenó buscar dos tablas que depositaron en el suelo con mil precauciones, y de ese modo pudieron actuar sin riesgo de contaminar las huellas tan valiosas para la instrucción.

¡Lástima! ¡Allí estaba la que otrora fuera la bella y encantadora condesa de Trémorel! ¡Aquel fresco y risueño semblante, aquellos hermosos y expresivos ojos, aquella boca fina y espiritual!

Nada, nada quedaba ya de ella. El rostro tumefacto, manchado de fango y sangre, era pura llaga; tenía levantada parte de la piel sobre la frente al haberle arrancado un mechón de cabellos. Su vestido estaba hecho jirones.

¡Una furia colérica se había apoderado sin duda de los monstruos que habían asesinado a aquella desdichada mujer! ¡Había recibido más de veinte puñaladas, la habían golpeado con un palo —más bien con un martillo—, la habían pisoteado, arrastrado de los pelos…! En su mano izquierda, crispada, tenía un retazo de paño común, grisáceo, probablemente arrancado de la ropa de uno de sus asesinos.

Mientras procedía con estas lúgubres constataciones y tomaba notas para su informe, el infeliz alcalde sintió flaquear sus piernas y tuvo la necesidad de apoyarse sobre el impasible padre Plantat.

—Llevemos a la condesa a la casa —ordenó el juez de paz—. Después buscaremos el cadáver del conde.

El ayuda de cámara y el sargento, que había regresado, reclamaron la presencia de los sirvientes que se habían quedado en el patio, al mismo tiempo que las mujeres se precipitaban hacia el jardín.

Se produjo entonces un terrible concierto de gritos, lloros e imprecaciones.

—¡Miserables! ¡Una mujer tan buena! ¡Una señora tan buena!

El señor y la señora de Trémorel eran muy queridos por su servicio, tal como quedó demostrado en aquellas circunstancias.

Apenas habían depositado el cuerpo de la condesa en la planta baja, sobre la mesa de billar, cuando anunciaron al alcalde la llegada del juez de instrucción y de un médico.

—¡Por fin! —murmuró el buen señor Courtois.

Y aún más bajo, añadió:

—Hasta las más bellas medallas tienen su reverso.

Por primera vez en su vida maldijo seriamente su ambición y lamentó ser el personaje más importante de Orcival.

III

El juez de instrucción del tribunal de Corbeil era por aquel entonces un distinguido magistrado, el señor Antoine Domini, llamado después a funciones más eminentes.

El señor Domini era un hombre de cuarenta años, muy orgulloso de sí mismo y dotado de una fisonomía afortunadamente expresiva pero seria, muy seria.

Parecía encarnarse en él la solemnidad —en ocasiones tan rígida— de la magistratura.

Imbuido de la majestuosidad de sus funciones, a ellas había sacrificado su vida, rehuyendo hasta las más inocentes distracciones y los más legítimos placeres.

Vivía solo, apenas se dejaba ver y no recibía más que a contadas amistades, pues según él mismo decía, no quería que las debilidades del hombre pudieran atentar contra la sagrada índole del juez y mermar el respeto que le era debido. Este último razonamiento le había impedido contraer matrimonio, a pesar de sentir inclinación por la vida en familia.

Siempre y en todo lugar él era el magistrado, esto es, el representante —convencido hasta el fanatismo— de la cosa más honorable del mundo: la justicia.

Alegre por naturaleza, debía encerrarse a doble vuelta de llave cuando sentía deseos de reír. Tenía el espíritu, pero cuando se le escapaba alguna palabra amable o alguna frase agradable, es seguro que se sentía mortificado.

Se entregaba en cuerpo y alma a su cargo, y nadie hubiera podido ejecutar con más profesionalidad aquello que él juzgaba su deber. Pero, al mismo tiempo, era más inflexible que cualquier otro. Discutir un artículo del código lo consideraba una monstruosidad. La ley habla y punto: simplemente se deben cerrar los ojos, la boca, los oídos y obedecer.